

cuando vemos en ese sombrío periodo de la historia de la nacion argentina la bien amarga pero elocuente leccion, que la Providencia da á las repúblicas de América, enseñándoles á respetar la religion como la base del poder público y de todas las instituciones que hacen prósperos á los pueblos. Juzgue cada uno de los sucesos como le parezca, pero á nosotros que en todas las cosas vemos el espíritu de Dios vivificando al linaje humano, séanos permitido leer en las terribles escenas que se realizaron durante la dictadura de Rosas, escritas con sangre aquellas palabras del Legislador supremo del universo : « Porque violaste mi pacto te entregué al desórden que provocaban tus propias pasiones. Oí los alaridos de los que doblaban su cuello bajo la espada de los tiranos y dije, ved ahí el fruto de las obras de los que de mí se mo- fan. »



## CAPÍTULO XI

Situacion de la Iglesia durante la dictadura de Rosas. — El poder civil dominando en el santuario. — Honores eclesiásticos acordados al retrato del dictador. — Conducta de los jesuitas. — Su expulsion de la república. — Las diócesis vacantes. — El delegado de la Santa Sede frente á frente del gobierno. — La mano del poder sobre los eclesiásticos mas distinguidos. — El obispo Escalada. — El doctor Castro Barros. — Escenas sangrientas. — Una observacion.

Examinando lo que pasa hace medio siglo en la Confederacion Argentina y espécialmente en Buenos Aires, nuestra imaginacion cree estar presenciando el combate entre la luz y las tinieblas en el primer dia de la creacion. La impiedad, la falsa filosofia, la corrupcion de costumbres derramada á torrentes, llevan tinieblas densísimas á todas partes, miéntras que los hombres que se dicen llamados á regenerar los pueblos combinan entre las sombras planes inicuos para aniquilar la verdadera luz. Trabajada la sociedad por el desórden infinito de sus miembros, enferma y débil por los rudos golpes que dia tras dia recibe en los fundamentos que la sostienen, cree



divisar su término y haber de perecer anegada en las ondas de inmensos infortunios. Pero en su seno vive radiante aquella luz que las fuerzas combinadas de los malos no podrán jamás extinguir: vive en la fe y en el alma de los mismos pueblos y se alza como señal de salvación para reunir los miembros dislocados de una sociedad moribunda. ¿Y de qué sirvieron tantos y tan recios golpes como descargaron los gobiernos sobre esa antorcha divina? ¿Ni qué pudieron todos esos actos despóticos que tendían á arrancar la fe del corazón del pueblo? Pudieron los hombres del gobierno perseguir á los obispos, imponer silencio á los sacerdotes, violar las leyes de la Iglesia, insultar la santidad de los misterios y de las ceremonias, levantar templos sacrilegos en frente de los que están consagrados al verdadero Dios: usurpar los tesoros del santuario y enriquecerse con lo que la piedad de los fieles había reunido para el culto del Señor. Todo esto pudieron y mucho más, pero no pudieron aniquilar la fe, ni arrancar de la conciencia de los ciudadanos sus principios sacrosantos. Dividieron á estos, los envolvieron en luchas fratricidas, los sumieron en la anarquía más espantosa, y elevaron en fin la dictadura sobre el cadáver sangriento de la república que trabajaban por constituir sobre las ruinas de la fe. Ved ahí cuanto pudieron. Pero todos sus proyectos eran vanos y todos sus pensamientos vacíos; la fe, triunfante de sus maquinaciones, subsiste en el corazón del pueblo. Mientras este vive anegado en las ondas de los infinitos males que son la consecuencia de aquellas tentativas, el espíritu que la vivifica, eterno, infinito é inmutable, se

mueve sobre la tempestad misma (1), desconcierta los planes sacrilegos de sus enemigos, y con la mano terrible de los pueblos que trataron de sublevarle castiga su temeraria presunción. Hemos insinuado antes hasta qué punto fueron hostiles á la Iglesia los primeros pasos de la revolución en Buenos Aires, y cuán hondas las heridas que infringieron á la Iglesia católica los jefes de los partidos políticos que sucesivamente llegaron al poder. Este mal gravísimo á la verdad, aumentó sus proporciones durante doce años de dictadura que pesaron sobre las provincias del Río de la Plata. La Iglesia presentó entonces allí el triste espectáculo de un cadáver frío y sin movimiento propio. El gobierno pretendía intervenir en todos sus actos, reglamentar todas sus ceremonias y dominar en todas sus funciones. Coartó la libertad de los predicadores haciéndoles comparecer ante los tribunales seculares á dar razón de las doctrinas vertidas en sus sermones; modificó los ritos sagrados desterrando de los paramentos de las iglesias los colores que se encontraban en las banderas de sus enemigos; profanó las funciones eclesiásticas poniendo en ridículo algunas ceremonias que hizo practicar indebidamente á sacerdotes asalariados; organizó según su voluntad los cabildos y tribunales eclesiásticos llamados á juzgar en las causas espirituales; dictó la fórmula con que los ministros de fe pública que obran en ciertos actos debían certificar sus diligencias, y quiso, si posible fuese, que su saña alcanzase hasta el santuario y participasen de ella los ministros mismos del Señor.

(1) Terra autem erat inanis et vacua... Spiritus Dei ferebatur super aquas.



Hemos visto algunos documentos salidos de los juzgados eclesiásticos en aquella época aciaga para la Iglesia, y que llevan estampada la marca de los odios y de las pasiones que dominaban entónces. Entre otros recordamos una fe de muerto que decia: « *Enterré al salvaje unitario N. N...* » Esto se ejecutaba á veces, es verdad, por captarse la voluntad de los mandones; porque no siempre permanecieron los ministros de la religion en el puesto que les correspondia. Algunos hubo que se sometian con facilidad á las disposiciones del dictador ó de sus ministros: tales fueron los que recibieron en sus iglesias el retrato de Rosas y le colocaron en un puesto de honor. Este acto que al parecer no tuvo mas origen que la simpatía de algunos, fué despues reglamentado y motivo de profanaciones que sufrieron los templos del Señor. La magistratura civil tomaba la iniciativa en estas solemnidades repugnantes y la Iglesia representaba en su cortejo el triste papel del esclavo que obedece escrupulosamente hasta los movimientos caprichosos de su amo. Podia el temor que dominaba todos los espíritus sofocar la noble valentía que inspira la fe en sus celosos ministros; podia la prudencia aconsejar esa conducta en ciertas circunstancias cuyos pormenores nos son desconocidos; uno y otro podia suceder; mas en el segundo caso advertiremos que la Iglesia jamas autoriza á sus ministros para prosternarse delante del poder con desdoro de sus sagrados intereses.

El justo reproche que el Catolicismo entero hace á algunos sacerdotes argentinos por su conducta durante la dictadura, da lugar á que sea tanto mas distinguida la

que observó la Compañía de Jesus en su colegio de Buenos Aires. En su templo no tuvo cabida el retrato del dictador, ni en sus púlpitos se le tributaron elogios: prefirieron los Padres la persecucion á hacer traicion á sus deberes sacerdotales y soportaron el destierro, por no decir lisonjas con perjuicio de los intereses de la religion. Un decreto del dictador arrojó violentamente á los jesuitas del territorio argentino. Vanas fueron las lágrimas de los ciudadanos, que sentian vivamente su partida, é inútiles las representaciones que elevaron los pueblos pidiendo que fuese revocado el decreto de destierro. « Lo he mandado y deben salir, » fué la única respuesta que todos aquellos recibieron.

Al mismo tiempo que la dictadura con mano de hierro oprimia á la Iglesia, otro mal gravísimo la afligia muy intensamente. Era este la falta casi absoluta de pastores que puestos al frente de las diócesis las gobernasen con el celo y la prudencia que exigian aquellas circunstancias azarasas. Casi absoluta hemos dicho, porque á excepcion de Buenos Aires, ninguna otra diócesis tenia el honor de ser regida por un obispo desde muchos años atras. Salta habia perdido el suyo hacia cerca de medio siglo; Córdoba vió morir á su último pastor agobiado por los tratamientos indignos de un puñado de hombres sin principios y sin educacion, á quienes el oleaje de las revueltas llevó al gobierno, y Buenos Aires mismo tenia á su frente un anciano octogenario, ciego y á cuyo espíritu los achaques de la edad y las aflicciones morales habian hecho perder todo su vigor y fortaleza. No tuvo pues el poder civil esta fuerte barrera que salvar, y sus golpes



fueron por lo mismo tanto mas ciertos y desastrosos.

La Santa Sede acreditó un enviado que trasladándose desde Roma á Buenos Aires trató de ponerse en contacto con los vicarios que gobernaban interinamente las diócesis. Esta comunicacion no podia ser sino muy reservada, desde que el dictador hacia acechar todos los movimientos del delegado del Papa, y amenazaba castigar severamente á cuantos individuos le visitasen ó de alguna otra manera le manifestasen su adhesion. No obstante, y á pesar de todos los peligros que ofrecian al enviado de Roma la susceptibilidad y el despotismo del dictador, pudo investir á los prelados de las diócesis de la jurisdiccion de que carecian y sacar las Iglesias del espantoso cisma á que las conducia el gobierno. Este obligaba á aquellos á traspasar segun su capricho los límites de su poder, les vedaba comunicarse con el Sumo Pontífice, ejecutar los Breves que recibiesen de Roma, impetrar facultades para los casos en que el derecho las requiere especiales, y en fin les prohibia aun manifestar dudas respecto á la ejecucion de las órdenes que recibian del gobierno para proceder de la manera que este mismo les mandaba en negocios espirituales. El dictador queria absolutamente que continuase un desorden semejante, porque, acostumbrado á dar leyes sin que creyese fuera nada capaz de poner coto á su voluntad imperiosa, no podia consentir se levantase en el Estado otro poder que trabase el suyo. Vanos fueron los esfuerzos del enviado del Papa para que diese el *exequatur* á sus credenciales; despues de dilaciones indefinidas y durante las que pasaron muchos meses, concluyó negándole

aquel y ordenándole se retirase del país en un término dado. Esta conducta revela por sí misma la mala voluntad del mandon que oprimia la Iglesia y mantenia en tortura la conciencia de un millon de católicos argentinos. De suerte que cuando estos divisaban próxima la solucion de mil cuestiones que les afectaban de cerca, vieron burladas sus esperanzas en un instante, con una sola plumada del dictador. Así tratan ordinariamente los déspotas que se elevan en América los negocios mas sérios; sin freno que les reprima, no respetan al obrar ni la conveniencia ni la opinion del país, sino la sujestion de sus necias preocupaciones. Muchas veces se ha observado que los que así violentan á la Iglesia no obran de otra manera en los demas negocios sujetos á su administracion. El dictador argentino hacia salir de Buenos Aires al enviado del Papa al mismo tiempo que autorizaba los atentados de la mazhorca (1); que organizaba el espionaje mas severo en el interior de las familias, y que consentia que se ajase la dignidad de señoras respetables, porque no participaban de sus creencias políticas.

La mano que tan impudentemente atacaba los intereses de la Iglesia, perseguia al mismo tiempo á muchos sacerdotes dignos de la Confederacion. Un eclesiástico que á los antecedentes honorables de su familia juntaba su acrisolada virtud, acababa de ser elevado al obispado. Todos los esfuerzos del dictador por conseguir que suscribiese en la Cámara de representantes alguno de sus proyectos, y para que se conformase con sus disposicio-

(1) Legion de asesinos que estaba encargada de la ejecucion de las órdenes secretas del gobierno.



nes hostiles á la Iglesia católica fueron perdidos. El señor obispo Escalada prefirió abandonar la Cámara de que era miembro y retirarse de Buenos Aires ántes que ser infiel á su deber como sacerdote y como ciudadano. Léjos de sus deudos y oculto en el campo, aguardaba ser asaltado cada dia en su retiro por la terrible mazhorca; pero la divina Providencia velaba sobre su vida, y su mano invisible le conservaba para que mas tarde fuese el reparador de la casa de Dios, que asolaba el furor de sus enemigos.

Ménos feliz era el celoso D. Pedro Ignacio Castro y Barros, canónigo de la catedral de Salta: pocos hombres de entre sus compatriotas trabajaron con valor y constancia tan laudable como él. Los primeros destinos eclesiásticos de la diócesis de Córdoba del Tucuman, el profesorado y rectorado de aquella universidad, la representacion de diversos distritos de la Confederacion y muchos otros cargos importantísimos encontraron en el doctor Castro y Barros un sugeto íntegro, patriota y ajeno á los intereses personales. Su corazon noble rechazó siempre con horror la politica del dictador, y su conciencia decididamente católica alzó su voz enérgica vindicando los derechos ultrajados de la Iglesia. Esta conducta le acarreó la persecucion del gobierno. El anciano venerable, despues de haber corrido peligros sin cuento dando su adios á la tierra que le vió nacer, atravesó los Andes para buscar en Chile un asilo durante su infortunio. Allí murió sin el consuelo de estar entre los suyos.

En la provincia de Tucuman estas persecuciones al sacerdocio tuvieron un carácter todavía mas sangriento. Los agentes del gobierno arrancaron á sus víctimas del san-

tuario del verdadero Dios para inmolarlas á las pasiones innobles de los déspotas de la patria. Los sucesos de los hermanos « Frias, » párrocos en aquella provincia, son recordados aun con horror y serian tenidos como exagerados á no vivir todavía muchos individuos que los presenciaron. Aquellos hombres reputados como ejemplares en su doble ministerio de sacerdotes y de párrocos, fueron acusados de hostiles á la dictadura. Nada se dijo que hubiesen hecho contra esta, ni nada podia decirse mientras que ambos vivian absolutamente consagrados á los deberes de su cargo. A un mismo tiempo fueron prendidos sin embargo y puestos en prision estrecha, y mientras cortaron al uno la cabeza el otro era fusilado en Buenos Aires, produciendo con ello indignacion y pavor universal. No queremos descender á los pormenores horribles de estas escenas sangrientas; cada una tiene incidentes que las visten de colores todavía mas repugnantes. Ni tampoco citaremos otros mil hechos de igual naturaleza, que nos ofrecen sacerdotes fusilados sin formárseles el proceso canónico, sin ser ántes degradados ni entregados al brazo seglar por su legítimo prelado, y ancianos venerandos arrastrados á las cárceles de donde no salieron sino para morir á consecuencia del perverso tratamiento recibido de los esbirros. Mas esos pocos que hemos referido, bastan para conocer hasta dónde era sangrienta y cruel la persecucion que pesaba sobre los sacerdotes celosos que abrazaban los sufrimientos y la muerte ántes que permitir la humillacion de la Iglesia cuyos ministros eran.

Algunos han condenado la conducta que observó el clero argentino durante la dictadura. Le acusan de haber



estado siempre pronto á obedecer las órdenes del dictador y de no haber mostrado energía cuando su conciencia le mandaba rechazar los decretos de los mandones que tendian á señalar con marcas vergonzosas la marcha majestuosa y solemne de la Iglesia de Dios. « Los jesuitas, se ha dicho, fueron los únicos que se negaron á admitir en sus iglesias el retrato de Rosas, los jesuitas los únicos sacerdotes que se resistieron con valor á obedecer las órdenes del dictador. » Nosotros somos los primeros en reconocer la conducta eminentemente católica que distinguió á los PP. de la Compañía en aquella circunstancia; ni concedieron en sus iglesias el lugar distinguido que tuvo en otras el retrato de Rosas, ni en sus púlpitos se hizo el panegírico de su política; pero no es ménos verdad que en otras iglesias de Buenos Aires sucedió esto mismo. Los hechos que arriba mencionamos hacen conocer que habia en el clero argentino individuos que reprobaban la conducta del dictador con toda la energía de su alma, y que vivian muy distantes de participar algo de sus ideas. Si algunos hubo que simpatizaban con aquel, si en los púlpitos y en las asambleas alguna vez se oyó en boca sacerdotal « Rosas es un enviado de Dios y en tal concepto debemos considerarlo como autorizado para todo, » la responsabilidad inmensa que pesa sobre ellos sirvales de tortura, y la reprobacion que su conducta merece del catolicismo entero, haga mas circunspectos en lo sucesivo á los que llegaren á encontrarse en circunstancias semejantes.

## CAPITULO XII

¿Qué hacian miéntras tanto los hombres de Estado? — Esclava la Iglesia, todos los ciudadanos pierden su energía. — Movimiento de las provincias. — Escenas humillantes para pueblos civilizados. — Buenos Aires elige su nuevo gobierno. — Proceder de este en materias eclesiásticas. — Contradicciones de la prensa liberal. — Conflictos con el diocesano. — Se protege el desórden. — Consecuencias que se palpan.

La razon se resiste á creer fuesen civilizados aquellos pueblos en cuyo seno tuvieron lugar hechos de naturaleza tan monstruosa como los que presenció la Confederacion Argentina durante la dictadura de D. Juan Manuel Rosas. Un hombre que se levanta de en medio del pueblo, que deroga las leyes existentes y que se declara dictador, no es en América un hecho extraordinario. Al contrario, para las repúblicas americanas nada ofrecerian de nuevo los hechos del dictador argentino, si significasen solamente la trasgresion de las leyes y la proclamacion de la dictadura. Pero no es así. Durante veinte años de imperio, la dictadura de Rosas en Buenos Aires y la de sus capitanes en las provincias ofrecen una sucesion de hechos monstruo-